

Maria Jesús Lorente
Ilustrado por Antonio Lorente

Yago



MERACOVIA



Seja nesta
aventura!

Yago

Handwritten text on a scroll or piece of paper at the bottom left, including the words "HISTÓRIA" and "MISTÉRIO".

INDUST

I

Decidió salir de casa, sin avisar a nadie. Abrió la ventana de par en par y respiró el aire fresco y cortante del amanecer. Llenó sus pulmones y con un salto acertado, logró caer en cuclillas sobre el huertecillo de lechugas que su madre se esmeraba todas las mañanas en regar.

Sabía que su huída no iba a afectar a nadie, ni siquiera le echarían de menos. Ni una lágrima de su madre, ningún reproche se escaparía de los labios de su padre, su hermanita jugaría como siempre con el potrillo en el establo. Todo seguiría inalterable.

El niño echó a correr sin mirar atrás, veloz como los ciervos que contemplaba desde el ventanuco de su dormitorio. Aquellos que después de clavar sus profundos ojos negros en Yago, masticaban lentamente las lechugas del jardín y se estremecían ante los gritos de su madre. ¡Cómo corrían aquellos animalitos alejándose del peligro!

Cuando estaba lo bastante lejos y notó que sus piernas comenzaban a flaquear, Yago aminoró el paso y se acercó a un arroyo. En su apresurada huída no había reparado en llevarse consigo lo necesario para hacer su camino. En los libros que leía sobre peregrinos y viajeros en el camino de Santiago, jamás supo de ninguno que no llevara su cantimplora o calabaza llena de agua, así que él sería el primero en bebérsela a sorbos en sus pequeñas manos.







—Venga, Yago... ¿dónde vamos ahora? —se preguntó en voz alta—. Ya estoy aquí y comienza mi viaje hacia ninguna parte. Por lo pronto, me encaminaré a la gran ciudad de Santiago de Compostela. Estuve sólo dos veces allí con mis padres, aunque no está muy lejos de casa y creo que sabré llegar hasta el Monte del Gozo. ¡Será una buena caminata!

Animosamente, comenzó a silbarle a los pajarillos que gorjeaban con escándalo en la frondosidad de los árboles del camino y sin apenas darse cuenta, el sol se ocultó dando paso a unos nubarrones que parcheaban el cielo y cubrían de rocío la espesura del bosque. Los sauces alicaídos y la hiedra enredada en mil anillos sobre troncos y ramas abrían paso a la magia de la noche oscura. Los sonidos de los pájaros se apagaron y tímidamente comenzaron a oírse las voces de las criaturas nocturnas y salvajes que dormían durante el día y despertaban con los rayos de la luna. Lejos de tener miedo, Yago disfrutaba de aquella ceremonia encantada. Sólo comenzó a preocuparse cuando descubrió que su ropa estaba completamente empapada por la fina lluvia. Así que corrió enérgicamente hasta toparse con la cálida luz que salía de las ventanas de un cobertizo situado en una colina escarpada y cuajada de hierba. Era el refugio donde un pastor guardaba su ganado. Tras curiosear a las ovejas medio dormidas, quedó paralizado por los violentos ladridos de un perro enorme.

—¡Quiieeto, Pancho! —ordenó el pastor tras una linterna cegadora—. ¿Quién eres tú? —preguntó el hombre curtido como un viejo roble—. Hace un frío que pela. Anda, pasa y caliéntate al fuego.

Yago permanecía en silencio, mientras sentía el calor del hogar y escuchaba el crujido de los leños en la chimenea. Enfundado en una gran camisa del pastor mientras su ropa se secaba, el niño devoraba un trozo de requesón con miel y un tazón de caldo bien caliente.

—Es mi primer día de viaje —dijo Yago con mirada interesante—. Me queda todavía mucho camino, y si no hubiera sido por la lluvia de esta noche, habría continuado mi viaje un poco más allá... **hasta el monte del Gozo.**

El pastor sonreía y no daba crédito a las palabras de un mozuelo tan atrevido. Le acercó una hogaza de pan y continuó con lo que para él era un juego.

—Por lo menos esta noche deberías descansar en sitio cerrado y seguro. No es recomendable dormir en mitad del bosque entre fieras y duendes —le dijo en tono divertido—. ¿Y a dónde te diriges, chico?

—No sé a dónde voy, pero sé dónde no quiero estar —continuó Yago con mirada ausente y soñadora—. Mañana, al alba, seguiré caminando... esta noche dormiré en su cabaña y recordaré este requesón como el mejor que he probado nunca.

Y así transcurrió la primera noche de la gran aventura de nuestro querido Yago.





II

¡Qué hermosa apareció la mañana siguiente ante los ojos del niño! Castaños, eucaliptos, cedros y nogales se entrelazaban caprichosamente en un gigantesco espectáculo de color y movimiento. Y Yago caminaba por un sendero borrado cada día por inesperadas setas, violetas y musgo.

Contemplando todo esto estaba Yago, cuando oyó a lo lejos un gemido ahogado e insistente que captó su atención. Intentó aguzar el oído, porque cada segundo hacía que aquel lamento fuera apagándose, hasta que por fin, encontró su origen. Un zorrito curioso había encajado su cabeza en una lechera de metal, y le era imposible sacarla. Había malgastado su energía, y el cachorro se asfixiaba en aquella trampa mortal.

—¡Espera pequeño! —exclamó manos a la obra—. Te voy a sacar de ahí. ¡Tranquilo!

Con ágiles dedos deslizó con suavidad la cabecita del cachorro, que tardó unos minutos en recuperarse totalmente. Yago ofreció al zorro agua de la cantimplora que el pastor le había regalado y acarició con afecto el áspero pelaje del animal.

—He llegado a tiempo, ¿eh?, eres un tipo con suerte *Señor Pelayo*. ¿Te gusta el nombre verdad? —sonrió Yago—. ¡Oye! —dijo el niño con entusiasmo— acompáñame si quieres. Cuidaremos el uno del otro en este viaje. ¡Será nuestra aventura!

De un salto, Yago se levantó y prosiguió su camino hablando en voz alta. De forma increíble, el Señor Pelayo brincaba tras los pasos de su nuevo y desde entonces, inseparable amigo.